

XXVI domingo de Tiempo Ordinario

- **Ez 18, 25-28.** Cuando el malvado se convierte de la maldad, salva su propia vida.
- **Sal 24. R.** Recuerda, Señor, tu ternura.
- **Flp 2, 1-11.** Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.
- **Mt 21, 28-32.** Se arrepintió y fue. Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios.

1. ¿Qué dice la Palabra?

Ahondamos en la imagen de trabajar en la viña del Señor planteada en la parábola del pasado domingo. Esta vez comparando a judíos y paganos con los dos hijos del dueño del viñedo. El reino ha sido entregado a otro pueblo que dé los frutos a su tiempo. Esta ha sido de hecho la respuesta de Dios al rechazo de Israel. La primera parábola comienza con un tono directo e interpelante: «¿Qué os parece?»

Los destinatarios son los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Ellos dijeron “sí” al aceptar la ley de Moisés, pero se han negado a acoger la invitación definitiva a la conversión hecha por Juan bautista. Sin embargo, los publicanos y las prostitutas, que con su vida dijeron no a Dios, han acogido esta última invitación, y son los que de hecho han cumplido la voluntad del Padre. Leída en el contexto de la iglesia de Mateo, esta comparación explicaba también el rechazo del Israel y la acogida del evangelio por parte de los paganos.

La parábola puede llamarse de “los hijos arrepentidos”, los dos se arrepienten de sus respuestas, el primero de su sí y el segundo de su no. El Padre no pretende respuestas con palabras, está a la espera de tu trabajo. La viña no se cultiva a fuerza de palabras, sino inclinando la espalda al trabajo cotidiano. La parábola nos invita a reflexionar sobre el verdadero sentido de la obediencia. Puede haber muchas rebeldías por amor y fidelidades por desafecto. El Padre después de tanta palabra, respuesta arrepentida, quizás espere “escuchar” el silencio de unos hijos plenamente obedientes; a lo mejor aprecia los pasos en dirección a la viña y se fía del rumor de la pala que hunde el hierro en el terreno. Basta la espalda doblada sobre el terreno para saber que un hijo ha dejado pasar de la boca al corazón la voluntad del Padre.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- ¿Dejas pasar la Palabra de la cabeza al corazón?
- ¿Has adaptado tus compromisos a las nuevas situaciones de la sociedad y de la Iglesia?
- La voluntad de Dios, ¿la adaptas a tu edad, circunstancias, necesidades de la comunidad?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

- Podemos terminar orando la “Alabanza al Dios Altísimo” de San Francisco de Asís.

Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas.

Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres Altísimo.

Tú eres Rey omnipotente.

Tú eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.

Tú eres Trino y Uno, Señor Dios de los dioses.

Tú eres el Bien, todo el Bien, el sumo Bien, Señor Dios vivo y verdadero.

Tú eres Amor, tú eres Caridad.

Tú eres Sabiduría, tú eres Humildad, tú eres Paciencia.

Tú eres belleza, tú eres Seguridad, tú eres Paz.

Tú eres Gozo y Alegría, tú eres nuestra Esperanza.

Tú eres Justicia, tú eres Templanza, tú eres toda nuestra Riqueza.

Tú eres Belleza, tú eres Mansedumbre.

Tú eres Protector, tú eres nuestro Custodio y Defensor.

Tú eres Fortaleza, tú eres Refugio.

Tú eres nuestra Esperanza, tú eres nuestra Fe.

Tú eres Caridad, tú eres nuestra Dulzura.

Tú eres nuestra Vida eterna, grande y admirable Señor,

Dios Omnipotente, misericordioso Salvador.

4. La voz del Papa

Ángelus 27/9/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con su predicación sobre el Reino de Dios, Jesús se opone a una religiosidad que no involucra la vida humana, que no interpela la conciencia y su responsabilidad frente al bien y al mal. Lo demuestra también con la parábola de los dos hijos, que es propuesta en el Evangelio de Mateo (cfr. 21, 28-32). A la invitación del padre de ir a trabajar a la viña, el primer hijo responde impulsivamente “no, no voy”, pero después se arrepiente y va; sin embargo el segundo hijo, que enseguida responde “sí, sí papá”, en realidad no lo hace, no va. La obediencia no consiste en decir “sí” o “no”, sino siempre en actuar, en cultivar la viña, en realizar el Reino de Dios, en hacer el bien. Con este sencillo ejemplo, Jesús quiere superar una religión entendida solo como práctica exterior y rutinaria, que no incide en la vida y en las actitudes de las personas, una religiosidad superficial, solamente “ritual”, en el mal sentido de la palabra.

Los exponentes de esta religiosidad “de fachada”, que Jesús desapruera, eran en aquella época «los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo» (Mt 21, 23), los cuales, según la admonición del Señor, en el Reino de Dios serán superados por los publicanos y las ramera (cfr. v. 31). Jesús les dice: “Los publicanos, es decir los pecadores, y las ramera llegan antes que vosotros al Reino de Dios”. Esta afirmación no debe inducir a pensar que hacen bien los que no siguen los mandamientos de Dios, los que no siguen la moral, y dicen: “Al fin y al cabo, ilos que van a la Iglesia son peor que nosotros!”. No, esta no es la enseñanza de Jesús. Jesús no señala a los publicanos y las prostitutas como modelos de vida, sino como “privilegiados de la Gracia”. Y quisiera subrayar esta palabra “gracia”, la gracia, porque la conversión siempre es una gracia. Una gracia que Dios ofrece a todo aquel que se abre y se convierte a Él. De hecho, estas personas, escuchando su predicación, se arrepintieron y

cambiaron de vida. Pensemos en Mateo, por ejemplo, San Mateo, que era un publicano, un traidor a su patria.

En el Evangelio de hoy, quien queda mejor es el primer hermano, no porque ha dicho «no» a su padre, sino porque después el “no” se ha convertido en un “sí”, se ha arrepentido. Dios es paciente con cada uno de nosotros: no se cansa, no desiste después de nuestro «no»; nos deja libres también de alejarnos de Él y de equivocarnos. ¡Pensar en la paciencia de Dios es maravilloso! Cómo el Señor nos espera siempre; siempre junto a nosotros para ayudarnos; pero respeta nuestra libertad. Y espera ansiosamente nuestro «sí», para acogernos nuevamente entre sus brazos paternos y colmarnos de su misericordia sin límites. La fe en Dios pide renovar cada día la elección del bien respecto al mal, la elección de la verdad respecto a la mentira, la elección del amor del prójimo respecto al egoísmo. Quien se convierte a esta elección, después de haber experimentado el pecado, encontrará los primeros lugares en el Reino de los cielos, donde hay más alegría por un solo pecador que se convierte que por noventa y nueve justos (cfr. Lc 15, 7).

Pero la conversión, cambiar el corazón, es un proceso, un proceso que nos purifica de las incrustaciones morales. Y a veces es un proceso doloroso, porque no existe el camino de la santidad sin alguna renuncia y sin el combate espiritual. Combatir por el bien, combatir para no caer en la tentación, hacer por nuestra parte lo que podemos, para llegar a vivir en la paz y en la alegría de las Bienaventuranzas. El Evangelio de hoy cuestiona la forma de vivir la vida cristiana, que no está hecha de sueños y bonitas aspiraciones, sino de compromisos concretos, para abrirnos siempre a la voluntad de Dios y al amor hacia los hermanos. Pero esto, también el compromiso concreto más pequeño, no se puede hacer sin la gracia. La conversión es una gracia que debemos pedir siempre: “Señor dame la gracia de mejorar. Dame la gracia de ser un buen cristiano”.

Que María Santísima nos ayude a ser dóciles en la acción del Espíritu Santo. Él es quien derrite la dureza de los corazones y los dispone al arrepentimiento, para obtener la vida y la salvación prometidas por Jesús.